

las redes de un caribe en el que la lógica cartesiana no encuentra fácil acomodo.

En 1943 cuando Alejo Carpentier realizó un viaje por Haití junto a su amigo Louis Jouvét, encontró en todo este sustrato histórico el material necesario para dar origen a la novela. El germen existencial de Haití está sugerido en escenas como la del esclavo mandinga MacKandal, que representa esa fuerza negra indomable necesitada de libertad y dotada de conciencia y memoria africanas. Es el heredero espiritual del gran rey Kanko Moussa, del imperio Mandé, de esa gran historia africana despreciada por los colonizadores, que encuentra una vía de escape en la isla caribeña. Cuando el esclavo huye alguien dice: «...además, todo mandinga—era cosa sabida— oculta un cimarrón en potencia. Decir mandinga, era decir díscolo, revoltoso, demonio. Por eso los de su reino se cotizaban tan mal en los mercados de los negros. Todos soñaban con el salto al monte...»

Esa idealización del esclavo irredento, orgulloso y digno tiene su contrapartida en la novela en el personaje histórico de Henri Cristophe, cocinero de profesión y a la sazón coronado Enrique I, rey de Haití. Desde muy pronto la historia del país se vio sacudida por auténticos brotes psicóticos que, como en el caso de Henri Cristophe, dejaron su huella indeleble, en este caso en la fortaleza de la Ferrière, auténtico monumento al absurdo. La ilusión de libertad e igualitarismo que representó el nacimiento de una nación de esclavos, pronto se trunca y se convierte en pesadilla. La vida de Ti Noel, el protagonista, pasa con más pena que gloria y asiste a una degradación progresiva de las condiciones materiales del país. Así lo asegura cuando dice: «...había una infinita miseria en lo de verse apaleado por un negro, tan negro como uno, tan belfudo y pelicrespo, tan narizñado como uno; tan igual, tan mal nacido, tan marcado a hierro, posiblemente, como uno. Era como si en una misma casa los hijos pegaran a los padres, el nieto a la abuela, las nueras a la madre que cocinaba...»

Pero como si siguiera la lógica del refrán árabe que asegura que cuando Alá cierra una puerta, abre una ventana, Carpentier concluye su obra con una reflexión cargada de esperanza a pesar de tan malograda historia y de un presente tan oscuro: «...Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que

es. En ponerse tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo.»

LA FORMACIÓN LITERARIA DE HAITÍ

Tras la independencia emergieron dos culturas en Haití como resultado de la evolución histórica: una intelectual urbana asociada a una elite de formación francesa, y otra de tradición oral básicamente rural y asociada a una población cuya lengua común era el kreyól. A pesar de la constante inestabilidad política del país, los haitianos cultivados se entregaron desde muy pronto a la actividad literaria. Los primeros escritos estaban influidos por el concepto francés de valores universales, pero pronto se empezó a construir una literatura nacional distintiva, que pretendía mostrar la originalidad de la identidad haitiana y su historia. Los poetas Emile e Ignace Nau, los hermanos Ardouin y más tarde Oswald Durand y Masillon Coicou, que formaron parte de movimiento patriótico, intentaron incorporar a los haitianos a los ideales de la independencia y a obtener el reconocimiento de un mundo generalmente hostil. La puesta en valor de la lengua kreyól, gracias a autores como Oswald Durand, que escribió en esta lengua su celebre poema «Choucouné» (1860), y Georges Sylvain quien tradujo las fábulas de La Fontaine bajo el título de «Cric Crac», (en la tradición oral del país el narrador empieza siempre con un «cric», al que el público responde automáticamente con un «crac»), abrió el camino de la reivindicación y de la búsqueda de una voz propia.

Hubo que esperar hasta los años 20 del pasado siglo para que el kreyól se transformara de hecho en lengua literaria. Esto dio lugar al grupo de los llamados indigenistas: nacionalistas que reaccionaron contra el elitismo francés de las generaciones anteriores, así como a la violencia y ocupación de su país por parte de Esta-

dos Unidos. Los intelectuales haitianos se unieron en nombre de la nación y de la raza. Pusieron en valor la riqueza de su cultura, sobre todo su pasado africano. Algunos de estos autores se reunieron en torno a las revistas *La Nouvelle Ronde* (1925) *La Trouée* (1927) y *La Revue Indigène* (1927-1928) y entre ellos cabe destacar a Jacques Roumain, Carl Brouard, Emile Roumer y Philippe Thoby-Marcellin. Buscaban la autenticidad cultural de Haití y estuvieron muy influenciados por el etnólogo Jean Price-Mars, que en su ensayo *Ainsi parla l'oncle* (*Así habló el tío*) de 1928, criticaba una excesiva admiración de la elite por el espíritu francés. Price-Mars tomó partido, además, por la defensa de la cultura campesina haitiana, de su lengua, de su religión, reconociendo la dimensión imprescindible de la herencia africana. De aquí surgiría el movimiento ideológico llamado *noirisme* (distinto a la Negritud que llegaría después) que preconizaba una política de autenticidad racial, es decir: el reconocimiento de la esencia negra de Haití. Fue el periódico *Les Griots* (1938-1940) creado con la colaboración de François Duvalier, etnólogo de formación, quien propagó las ideas del *noirisme*, que más adelante se transformaría en ideología oficial bajo el régimen del propio Duvalier y en una perversión según René Depestre: una especie de racismo a la inversa: una aberración ideológica.

Fue durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial cuando Haití conoció un periodo de actividad intelectual muy intenso, principalmente debido a la influencia de Jacques Roumain y de movimientos como el de la *Negritud* (distinto al *noirisme* referido anteriormente) y al Surrealismo. El martiniqués Aimé Césaire, y el senegalés Leopold Sedar Senghor, por la parte de la negritud, y André Breton, por la del Surrealismo, así como los artistas cubanos Wilfredo Lam, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, dieron a las artes y las letras haitianas una vitalidad y una esperanza que el país nunca antes había conocido. René Depestre y Jacques Stephen Alexis, co-fundadores de la revista militante *La Ruche*, *La Ronda* (1945), fueron los intelectuales más destacados de esta generación. Los dos, idealistas revolucionarios muy influidos por el surrealismo, se comprometieron con una política radical de resistencia: Alexis aplicando las tesis marxistas a la situación deplorable de los campesinos y de los refugiados en las

ciudades, mientras que Depestre promovía una revuelta que finalmente concluyó el exilio. Este periodo tan fértil de la cultura en Haití sucumbió en el momento en que François Duvalier llegó al poder. Durante un corto periodo algunos autores sobrevivieron en las páginas de la revista *Haití Littéraire*, donde poetas como Anthony Phelps y René Philoctète, sostuvieron esos grandes ideales humanistas de la literatura haitiana. Pero pronto fueron sometidos al silencio. Jacques Stephen Alexis desaparecido – asesinado por los temibles Tonton Macoute, la milicia de Duvalier, mientras que otros como Anthony Phelps, René Depestre, Gérard Etienne, Jean Métellus, Emile Ollivier, escaparon al extranjero huyendo del reino del terror.

JACQUES RUMAIN Y GOBERNADORES DEL ROCÍO

Pero volvamos a Jacques Roumain y su novela *Gouverneurs de la rosée* (gobernadores del rocío). El relato comienza con una escena aterradora: «—Todos vamos a morir...— y hunde su mano en el polvo: la vieja Delira Déliverance dice: nos moriremos todos: los animales, las plantas, los cristianos, ay, Jesús, María, Virgen Santa; y el polvo que el viento abate con aliento seco sobre el campo devastado de mijo, sobre la alta barrera de cactus roída de cardenillo, sobre los árboles, esos cujies herrumbrosos.»

El libro cuenta la historia de Manuel, un joven campesino que regresa a su empobrecida aldea de Fonds Rouge, tras 15 años de cortar caña en los ingenios de Cuba. Al llegar advierte el desesperante estado en que se encuentra el país. «La vida se ha secado en Fonds Rouge, escribe Roumain: uno sólo necesita escuchar el silencio para oír la muerte». Es un retrato de la vida rural de Haití. Una historia con final trágico en el que se unen la devastación ambiental, la devastación fraticida y el caos general, sólo matizadas por el amor que siente Manuel por Annaïse.

Gobernadores del rocío es una obra que ha sido clasificada en numerosas ocasiones como política. Nada extraño en principio, teniendo en cuenta que su autor fue el fundador del partido comunista de Haití en los años 30, y por esta razón encarcelado y torturado bajo la presidencia del Louis Borno (1922–1930). En la